

**V Jornadas Nacionales y I Internacionales de Investigaciones Regionales Interdisciplinarias “Enfoques para la Historia”. CCT CONICET, Mendoza 30 de agosto a 1 de septiembre 2017**

Mesa Sugerida: **6. Procesos territoriales, urbanos y rurales**

**LA SEGREGACIÓN RESIDENCIAL EN LA NORPATAGONIA. UN ABORDAJE CUANTITATIVO EN TIEMPOS DE LA POST-CONVERTIBILIDAD.**

Joaquín Perren<sup>1\*</sup>, Laura Lamfre<sup>2\*\*</sup>, María Emilia Soria<sup>3\*\*</sup>

## **1. INTRODUCCIÓN**

En septiembre de 2010, cuando la ciudad de Neuquén conmemoraba su 104<sup>to</sup> aniversario, Héctor Mauriño, uno de los principales periodistas de la Norpatagonia, publicaba un artículo en el que esbozaba una historia de la capital provincial. En un tono poético, el cronista describía con lujos de detalles cómo esa “toldería ubicada en la confluencia de dos ríos” se había convertido en una “próspera metrópolis” (Rio Negro, 12/09/2010). En ese tránsito, afirmaba el reportero gráfico, esas “calles apenas dibujadas en la arena” se habían transformado en “multitrochas” repletas de “autos de todos los colores y modelos”; y esos “viejos almacenes de ladrillo sin revocar” dieron lugar a “grandes hipermercados y a bancos” (Rio Negro, 12/09/2010). Al detenerse en la década pasada, Mauriño describía un escenario surcado por lo que entendía era un “mar de contradicciones”. Por un lado, el centro neuquino comenzaba a albergar “torres surgidas como hongos después de la lluvia” y dependencias públicas “que parecen trasplantadas de una megalópolis canadiense a la capital de la estepa salvaje” (Rio Negro, 12/09/2010). Por el otro, esa urbe que el periodista se esforzaba en caracterizar contaba con “la mitad de su superficie cubierta por construcciones precarias, terrenos tomados y casillas de familias acosadas por necesidades insatisfechas” (Rio Negro, 12/09/2010).

Tomando nota de esa “ciudad desigual” que se abría frente a sus ojos, Mauriño se aproximaba a un problema muy caro a las ciencias sociales: aquel que se refiere a la segregación residencial o, de modo más general, a la diferenciación socio-espacial en ámbitos urbanos. No lo hacía tomando en consideración un áreas metropolitana, sino prestando atención a una ciudad intermedia que, de la mano de la actividad hidrocarburífera y del despliegue del estado provincial, había experimentado un sostenido crecimiento: los 200 mil habitantes de 2001 se

---

1 \* Instituto Patagónico de Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales (CONICET-Universidad Nacional del Comahue) - Universidad Nacional de Río Negro SAVVM.

2 \*\* Facultad de Economía y Administración, Universidad Nacional del Comahue.

3 \*\*\* Facultad de Economía y Administración, Universidad Nacional del Comahue.

convirtieron en 230 mil solo nueve años después, reforzando en ese periodo su papel como nodo de servicios de un área que aglutinaba cerca de 400 mil habitantes. Sin saberlo, nuestro observador estaba haciendo su aporte a un campo de conocimiento que está dando sus primeros (aunque decididos) pasos: aquel enfocado en el estudio de las desigualdades territoriales en aglomeraciones de tamaño medio, siguiendo el expediente abierto por Molinatti(2013),Linares(2012), Mignone (2011) y Prieto (2013) para los casos de Córdoba, el centro de la provincia de Buenos Aires, nordeste argentino y Bahía Blanca respectivamente.

Con este trabajo pretendemos continuar el rastro dejado por el artículo de Mauriño, solo que dejando de lado su impronta ensayística y abrazando en su lugar una perspectiva cuantitativa. Para apreciar la tendencia que asumió la segregación en la ciudad de Neuquén entre 2001 y 2010 hemos formulado tres hipótesis que pondremos a prueba a lo largo del texto. La primera de ellas podría sintetizarse en una frase: a pesar de las tendencias favorables que la economía provincial registró en el periodo post-convertibilidad, la segregación no se comportó a la baja con la misma intensidad por el encarecimiento del precio del suelo urbano. La segunda, en tanto, retoma uno de los supuesto que aporta Kessler (2014) en su monumental *Controversias sobre la desigualdad*: al igual que en materia de empleo, advertimos el reforzamiento de un “polo marginal”, en este caso espacial, que fue en gran medida impermeable a las políticas sociales aplicadas en la década pasada, lo cual nos brindaría evidencias taxativas de la pervivencia de una “heterogeneidad estructural”. El tercer supuesto tiene al área central como *locus* privilegiado: en los años que nos interesan, este cuadrante de la ciudad presentó una mayor homogeneidad social que fue resultado de un claro proceso de elitización y de un desplazamiento “por goteo” de la población de menores ingresos. Ambos procesos nos habilitarían a utilizar el término de gentrificación, solo que con una ligera adaptación en relación a la clásica definición de Glass (1964): no se trataría de una renovación del parque habitacional localizado en el distrito central, sino de una “gentrificación de nueva planta” que tuvo al crecimiento en “altura” como principal vector.

Con estas hipótesis en mente, proponemos un recorrido que consta de tres momentos claramente diferenciados. En una primera sección realizaremos una breve aproximación a la idea de segregación, sondeando posibles vías para medirla utilizando la información provista por los censos nacionales de 2001 y 2010. Luego, en un segundo apartado, describiremos el contexto que funcionó como escenario del fenómeno que pretendemos explicar. Bucearemos allí en torno a los efectos económicos y sociales de lo que algunos autores han denominado neo-desarrollismo. Por último, presentaremos los resultados que obtuvimos en el análisis de algunas dimensiones a partir de las cuales exploramos las desigualdades territoriales que atravesaron la ciudad durante el periodo seleccionado. En todo este itinerario, a fin de enriquecer nuestra aproximación a los

fenómenos que las fuentes censales ponen en evidencia, hemos elaborado cartografías temáticas a partir de la utilización de Sistemas de Información Geográfica y realizado un aprovechamiento intensivo de documentación periodística alojada en los archivos de los principales diarios de la región.

## **2. ¿QUÉ ES LA SEGREGACIÓN RESIDENCIAL Y CÓMO MEDIRLA?<sup>4</sup>**

Una buena manera de comenzar este apartado es aproximándonos a la definición de segregación residencial. En palabras de Levy y Brun (2002), este concepto remite a “las formas de desigual distribución de grupos de población en el territorio”. De ahí que pueda ser pensada como una de las formas en que se expresa el proceso de diferenciación social o, lo que es igual, como la cristalización en el espacio de la estructura social (Machado Barbosa, 2001). Si aplicáramos esta idea al ámbito urbano, alcanzaríamos una definición como la de Sabatini, Cáceres y Cerda (2001), para quienes la segregación residencial es “el grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social, sea que este se defina en términos étnicos, etarios, de preferencias religiosas o socioeconómicas, entre otras posibilidades”. Para el caso que nos ocupa, dejaremos de lado las primeras tres opciones y centraremos nuestra atención en el último de los aspectos considerados por los autores mencionados.

Claro que la segregación, además de expresar en el territorio distinto tipo de desigualdades, constituye el cemento sobre el que tales diferencias se asientan, reproducen y agravan. Con esto queremos decir que la estructura espacial de la ciudad no solo refleja las asimetrías propias de la sociedad, sino también “retroalimenta una estructura social compleja en la que coexisten y se combinan procesos de diferenciación, desigualdad y exclusión” (Sarabí, 2008). Si bien resulta indiscutible que aquellas familias que no alcanzan determinado umbral de ingresos ven restringidas sus posibilidades de residir en ciertas áreas de la ciudad, no menos cierto que quienes viven en espacios segregados presentan dificultades para acceder a puestos bien remunerados “debido a los límites que impone el propio entorno urbano en el que residen” (Groisman, 2010: 434). Esta hipótesis, que pone a la segregación en el lugar de causa y no como una mera consecuencia, fue defendida por tres enfoques teóricos que, aunque diferentes, tienen más de un punto de contacto.

---

4 En esta sección se retoman y profundizan ideas vertidas en los siguientes textos: Perren, 2015; y Perren 2016.

El primero de ellos procuró desentrañar lo que algunos autores denominaron “efecto de barrio”. Defendiendo la premisa de que “el vecindario importa”, como alguna vez señaló Katzman (1999), los autores enrolados en esta tradición se esforzaron en demostrar cómo la formación de áreas socialmente homogéneas complicaba enormemente las posibilidades de movilidad social de quienes residían en ellas. En estos casos, el aislamiento espacial generaba contextos de sociabilización uniformes que propiciaban la naturalización de las diferencias en la estructura social, haciendo de la pobreza el único horizonte de expectativa para quienes residían en los barrios relegados. La segunda perspectiva partía de un supuesto bastante más sencillo: las comunidades menos favorecidas son aquellas que presentaban inocultables déficits en rubros necesarios para que sus habitantes puedan desarrollar todas sus capacidades. Esa desigual “geografía de las oportunidades” involucra, entre otros elementos, la escasez de establecimientos educativos, la falta de puestos de trabajo, la baja tasa de creación de empleo y una insuficiente capacidad para generar recursos fiscales (Cáceres y Sabatini, 2004; y Galster y Killen, 1995). La tercera mirada, menos habitual en la literatura latinoamericana sobre la materia, es la que se refiere al impacto que la segregación provoca en el mercado laboral. La distancia espacial entre oferta y demanda ocupacional, *spatialmismatch* en palabras de Kain (1992), hace que los mejores empleos permanezcan fuera al alcance de quienes no residen en los distritos centrales de las ciudades. Más allá de sus obvias diferencias, las miradas reseñadas entienden que el lugar de residencia constituye un factor clave a la hora de explicar los comportamientos individuales o, como alguna vez afirmaron Otero y Pellegrino (2003), proponen “pensar lo micro como efecto de condicionantes macro” que operan en el plano espacial.

Ya sea en su carácter de causa o consecuencia, el estudio de la segregación residencial en la ciudad de Neuquén nos obliga a tomar tres decisiones metodológicas de enorme importancia. La primera de ellas consiste en seleccionar una variable que nos permita visualizar las diferencias sociales que atravesaban a la capital neuquina hacia comienzos de la década de 2000. Alrededor de este punto, los datos disponibles presentan una primera dificultad. Lamentablemente, los censos nacionales de 2001 y 2010 no nos brindan información sobre nivel de ingreso. De ahí que sólo podamos acceder a las diferencias sociales de la población a través de un ejercicio de aproximación: en ausencia de información referida a la condición económica de la población, utilizaremos el máximo nivel de instrucción del jefe de familia (MNI) como variable de segmentación socio-económica. Pese a que se trata de un paliativo, no podría decirse que constituye una decisión arbitraria. Lejos de eso, numerosos trabajos han abrazado esta opción metodológica y todos ellos parten de una idea común: existe una estrecha correlación entre la educación del jefe de hogar y la probabilidad de obtener mayores ingresos familiares (Arriagada

Luco y Rodríguez Vignoli, 2003; y Rodríguez, 2008). Pero no se trata de una relación a la que podríamos pensar en términos unilaterales. Como bien ha señalado Grimson (2014: 115) en un texto reciente, los vínculos entre instrucción y pobreza funcionan en un doble sentido:

“los sectores de bajos ingresos tendrán menos acceso a la educación, y luego un menor nivel educativo solo posibilitará posiciones laborales peor remuneradas, contribuyendo a la reproducción intergeneracional de la desigualdad. En consecuencia, impactarán en forma negativa en la igualdad de oportunidades en el mercado laboral”

Veamos ahora cómo el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos volvió operativa la observación del MNI. Los censos de 2001 y 2010 nos proporcionan ocho categorías educativas que abarcan una gama de situaciones que van desde el analfabetismo hasta la titulación universitaria. Con el propósito de facilitar nuestra aproximación al fenómeno de la segregación, hemos reagrupado a las mismas en cuatro niveles: bajo, medio-bajo, medio-alto y alto. El Cuadro 1 nos muestra la pertinencia de la elección de criterios educativos como forma de acceder al nivel socio-económico de la población neuquina. Para sostener este punto sólo hace falta hacer referencia a algunos datos provistos por la Encuesta Permanente de Hogares para el aglomerado Neuquén-Plottier: el grupo de mayor nivel de instrucción tenía, hacia comienzos de los 2000, un ingreso familiar cuatro veces superior al del grupo de menor instrucción. Poco de este panorama se había modificado en la década siguiente: en 2010, el estrato educacional menos aventajado ganaba, en promedio, poco más del 40% de lo percibido por quienes estaban en la cúspide de la clasificación. Las diferencias entre los grupos intermedios no escapaban a una realidad surcada por las asimetrías: en 2001, quienes se ubicaban en el casillero “bajo” tenían la mitad del ingreso de los situados en el “medio-alto”; mientras que quienes estaban situados en el estrato “medio-bajo” percibían un dos terceras partes del ingreso de quienes ocupaban el estrato “medio-alto”. Diez años después, esas proporciones se ubicaron en 63 y 75% respectivamente.

Tabla 1  
**Ingreso nominal medio de acuerdo a Máximo Nivel de Instrucción (MNI) del jefe de familia.  
 Neuquén (2001-2010) nivel de educación del jefe de hogar**

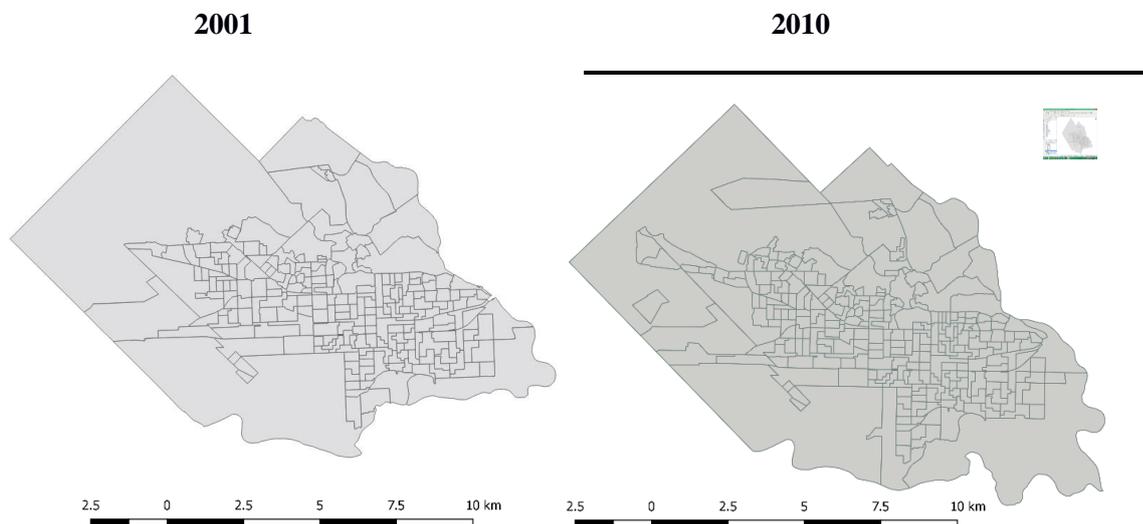
Estratos socio-educativos	Ingreso	
	2001	2010
<b>Bajo.</b> Sin instrucción o primario incompleto	384	2171
<b>Medio-bajo.</b> Primario completo y secundario incompleto	504	2588
<b>Medio-alto.</b> Secundario		

completo y superior incompleto	800	3438
<b>Alto.</b> Superior y universitario completos	1.239	4927

Fuente: Encuesta Permanente de Hogares (EPH) 1991 y 2001 (onda octubre)

La segunda decisión que debemos tomar se vincula a la elección de un conjunto adecuado de unidades espaciales; uno que nos permita apreciar en toda su dimensión el fenómeno de la segregación. En este terreno, resulta inevitable emplear unidades que, muchas veces, no reflejan “de modo estricto y fiel la realidad socio-territorial imperante” (Velázquez, 2007). Este inconveniente, que los geógrafos denominaron “problema de la unidad espacial modificable” (PUEM) (Blalock, 1964; Openshaw, 1984; y Reardon y Otros, 2008), pone de manifiesto algo que, aunque sea obvio, no podemos dejar de mencionar: la operatoria censal no es neutra, sino que, por medio de la división del territorio o de la elección de determinados criterios de agrupamiento, puede enmascarar desigualdades. Con el propósito de controlar esta “artificialidad” es que debemos abordar la cuestión de la escala de las unidades espaciales. Al respecto, no estaría mal si dijéramos que, mientras más pequeñas sean las mismas, mayores serán las posibilidades de atrapar situaciones que serían imposibles de observar a nivel general. Pero los riesgos de pecar por exceso están siempre presentes: si la unidad espacial elegida es demasiado pequeña es probable que produzca una sobreestimación de la segregación (Groisman, 2010). Precisamente para sortear ambos escollos hemos utilizado información a nivel de radio censal; es decir, una escala gracias a la cual podemos contar con un conjunto de unidades espaciales cuya dimensión podría asimilarse a la de un vecindario (en su inmensa mayoría superan el millar de habitantes) (Mapa 1 y 2).

Mapa 1  
Ciudad de Neuquén según radios censales (2001-2010)



Fuente: Elaboración propia en base a INDEC

La tercera decisión nos conduce al mundo de los índices o, lo que es igual, de las distintas formas a partir de las cuales puede medirse la segregación. En relación a esta problemática decidimos seguir el rastro dejado por Massey y Denton (1988). En una obra clásica, ambos autores advertían que la diferenciación socio-espacial podía ser analizada a partir de distintos planos. Para los fines que alientan este trabajo, y en función de la información con la que contamos, nos conformaremos con abordar tres dimensiones en particular: la desigualdad, *clustering* y la interacción. Sin ánimos de ser exhaustivos, podríamos decir que los indicadores que se desprenden de la primera captan la distribución desigual de los grupos sociales en las áreas espaciales en las que puede subdividirse la ciudad. Dichos en otros términos, la desigualdad nos habla de la mezcla habitacional que existe entre dos grupos de la población. La segunda dimensión apunta a desentrañar en qué medida las áreas habitadas por miembros de un grupo lindan unas con otras en el espacio. La interacción, tercera dimensión seleccionada, trata de elucidar el modo en que la distribución espacial condiciona las posibilidades de encuentro entre grupos sociales, midiendo “la experiencia de la segregación sentida por el miembro promedio de la mayoría o la minoría”.

Tabla 2  
**Dimensiones e indicadores de la segregación**

<b>Dimensión</b>	<b>Indicadores</b>
<b>Igualdad</b>	Índice de Segregación (IS) Índice de Disimilitud (ID)
<b>Clustering</b>	Índice de Moran Local (IML) Índice de Moran Global (IMG)
<b>Interacción</b>	Índice de Aislamiento (IA) Índice de Interacción (IIn)

Fuente: Elaboración propia con base en Massey y Denton (1988).

Para la medición de la segregación residencial para la primera de las dimensiones emplearemos dos de los indicadores más frecuentemente utilizados en la literatura especializada: el índice de Segregación (IS) y el índice de Disimilitud (ID). Se trata de indicadores globales que proporcionan una única medida resumen de segregación para el conjunto de la ciudad. En segundo término, y a fin de identificar aquellas áreas con alta concentración de jefes de hogar con MNI bajo y detectar distintas formas de agrupamientos, utilizaremos otros dos indicadores que,

aunque no fueron desarrollados por Massey y Denton, se encuentran inspirados en sus principios: los índices de Moran global y local. Por último, en el caso de la dimensión ligada a los niveles de interactividad nos conformaremos con calcular los índices de Aislamiento (IA) e Interacción (IIn); indicadores que estiman la probabilidad que tiene un individuo de una determinada condición de encontrarse en el área que habita con alguien de su misma condición social (Molinatti, 2013).

### **3. EL ESCENARIO: NEUQUÉN EN LOS 2000**

La reforma neoliberal que atravesó la Argentina en los años 90's afectó las condiciones de vida de la población, aumentando el desempleo y el empleo precario, empeorando la distribución del ingreso, aumentando el número de familias en condiciones de pobreza; culminó con una importante crisis económica y social hacia fines del año 2001 y comienzos del año 2002.

Luego del derrumbe de 2001 y de la traumática salida al régimen de convertibilidad, la recuperación de las capacidades estatales de regulación permitió explotar las potencialidades de la crisis, haciendo posible que los recursos ociosos disponibles favorecieran la recuperación de la producción y el empleo en la medida en que se expandiera la demanda y se reordenara la economía. En la misma sintonía, la devaluación de la moneda operó a partir de dos grandes efectos (Slipak, 2015): por un lado, significó una transferencia de ingresos del trabajo hacia el capital, generando la recomposición de la tasa de ganancias de fracciones del capital; por otro lado, permitió enfrentar una crisis del sector externo, protegiendo a la industria local y recuperando flujos de divisas, lo cual permitió que la caída de las importaciones frente al aumento de las exportaciones generara un superávit de la balanza comercial de 60 mil millones de dólares entre los años 2002 y 2007 (Ferrer, 2015).

Además de la política cambiaria, se puede identificar una serie de políticas que actuaron como motores del desarrollo en la etapa 2003-2007 (Lastra, 2013). Entre las principales medidas, se observa el incremento sistemático de las reservas internacionales, la política de desendeudamiento externo, y el mantenimiento de tasas de interés reales negativas, que favorecieron la inversión y desalentaron la especulación. A esto debemos sumar una recuperación en la recaudación impositiva y el financiamiento del gasto público, con lo que en 2004 se alcanzó un superávit primario consolidado cercano al 6% del PBI, permitiendo que la política fiscal se oriente fuertemente hacia la protección social. En lo concreto, la estrategia de crecimiento propia de la postconvertibilidad incrementó las erogaciones destinadas a salud, educación y seguridad social. Todo ello permitió que la economía argentina experimentara un crecimiento sostenido:

entre 2003 y 2007, el tamaño de la economía argentina aumentó un 50%, dejando atrás un periodo recesivo que había comenzado en 1998, pero cuyos momentos más dramáticos se habían vivido hacia fines de 2001.

Los altos niveles de crecimiento económico en la primera década del siglo XXI estuvieron acompañados por algunos fenómenos que dan cuenta de la transformación económica que implicó el cambio de modelo de acumulación en Argentina (Slipak, 2015). Principalmente, se destaca una importante reducción en el desempleo, que descendió desde el récord histórico del 22% en 2002, perforando los niveles de la década del 90' y aproximándose a la media histórica del país. Asimismo, se observa una recomposición del salario real, que creció a una tasa del 7% anual en el periodo 2003-2007 y del 4,9% anual entre 2008 y 2011 (Kulfas, 2016). Ambos sucesos resultaron en un aumento de la masa salarial en el total del ingreso nacional y una mejora en la distribución del ingreso (el coeficiente de Gini pasó de 0,471 en 2003 a 0,39 en 2010). Adicionalmente, y como resultado de este conjunto de procesos, el empleo formal creció notablemente y se desarrollaron planes de inclusión previsional destinados a aquellas personas que no contaban con seguridad social por no tener sus aportes completos.

Veamos ahora cómo este cambio en la orientación económica de la Argentina impactó en una provincia a todas luces periférica como Neuquén. Pero antes de sumergirnos en las especificidades de la década pasada, conviene retroceder en el tiempo a fin de visualizar la génesis de una estrategia de crecimiento cuya huella aun resultaba visible en el periodo que nos interesa. Al respecto, podríamos decir que, a partir de los noventa, la provincia de Neuquén experimentó una transición desde una economía desarrollada bajo un modelo de capitalismo de estado, en el que la explotación de los recursos naturales estaba en manos de empresas públicas, hacia un modelo al que podríamos ubicar en el cuadrante del neoliberalismo. Resultado de este proceso, condicionado en gran medida por la reorientación de carácter privatista y desregulatorio del estado nacional, la economía neuquina profundizó su dependencia en relación a la extracción de hidrocarburos. Como bien señalaron Domeett, Kopprio y Landriscini, fue recién “a fines de la década de 1980 e inicios de la de 1990 cuando comienza a estructurarse la economía primaria dependiente tal como se la conoce en la actualidad, signada por la finalización de las grandes obras hidroeléctricas y la mayor producción hidrocarburífera ocasionada por la desregulación del sector en los años 1991/1993” (2008).

La revisión de algunos indicadores básicos de desempeño es suficiente para confirmar el “giro extractivista” que experimentó por la economía neuquina hacia comienzos de los noventa. Por aquellos años, la explotación de petróleo y gas se convirtió en el rubro que más aportó a la formación del Producto Bruto Geográfico (PBG): entre los años 1993 y 2006, la participación de

aquel sector en el total perforó la barrera del 50%, duplicando el promedio de la década anterior y alcanzando su máximo histórico en 1998 (una proporción cercana al 70%). Al mismo tiempo, el dinamismo de la producción de hidrocarburos permite explicar por qué la economía neuquina tuvo una *performance* muy superior a la que había registrada en los ochenta: la tasa de crecimiento del quinquenio 1990-1995 fue un 50% más alta que la registrada en el periodo 1980-1985 y prácticamente triplicó a la correspondiente al quinquenio 1985-1990. Este vuelco, que permitió incrementar el aporte de la cuenca neuquina en el conjunto nacional, reforzó esa imagen que tenía a Neuquén como una provincia petrolera, una especie de emirato enclavado en el corazón de la Patagonia.

Esta brusca aceleración del crecimiento no debería hacernos perder de vista dos elementos que no hicieron más que intensificarse a lo largo de los noventa: si, por un lado, la economía neuquina fue objeto de un severo proceso de concentración; por el otro, notamos el reforzamiento de una lógica “insular” de funcionamiento. Comencemos por el primero de los aspectos que definieron la particular geografía del proceso de neoliberalización en la Norpatagonia. Con la privatización de las empresas públicas, esas auténticas fuentes de energía y soberanía parafraseando a Bohoslavsky (2008: 24), la explotación de los recursos del subsuelo quedó en manos de un reducido número de empresas multinacionales que recibieron en concesión numerosos yacimientos, subcontratando a otras de similares características para la prestación de una amplia gama de servicios ligados a la exploración y a la extracción de los hidrocarburos. Para cobrar dimensión del elevado grado de cartelización del sector, resulta suficiente mencionar una cifra: en 2009, el 90% de la producción de petróleo y gas se encontraba concentrada en las cinco empresas (Preiss y Landriscini, 2011:). Esta economía de pocos jugadores asumió, al mismo tiempo, un formato de tipo enclave: del total de recursos generados por el sector extractivo, solo permanecían en la provincia un quinto en forma de sueldos, regalías y algunos impuestos (Taranda y Bonifacio, 2003: 6). El resto actúa como demanda agregada fuera del territorio en tanto “los vínculos económicos con otros sectores fueron mínimos, la demanda de empleo fue escasa y los beneficios fueron altos, aunque fluyen fuera de la región, de acuerdo a la lógica de las concesionarias multinacionales” (Giuliani, 2013:146).

La paulatina ralentización de la actividad extractiva es un elemento de fundamental importancia a la hora de entender la brecha existente entre las economías neuquina y argentina. Los datos oficiales disponibles no dejan dudas al respecto: entre 2001 y 2010, el PBI nacional creció un modo formidable; mientras que el PBG neuquino solo lo hizo un 5,4%. En ese desempeño pesó la trayectoria negativa seguida del sector hidrocarburífero que, en menos de diez años, mostró un desplome del orden del 20%. La consecuencia necesaria de esta caída libre fue

un menor aporte del sector energético en la generación del PBG: si, hacia finales de los noventa, este último, con una participación del 70%, alcanzó su máximo histórico; en 2007 esa proporción había retrocedido hasta ubicarse en el rango del 50

Fue precisamente este incremento de la renta hidrocarburífera, aun en un escenario de rendimientos decrecientes, el factor que permitió a la economía neuquina transitar por la senda del crecimiento. A pesar de que una porción de los ingresos generados por el sector energético fueron apropiados por un puñado de empresas multinacionales y por el Estado nacional a través de las retenciones, el fuerte aumento en los ingresos nominales del sector actuó como un dinamizador de la economía provincial. Después de todo, y haciendo propias las palabras de Preiss y Landriscini, “dado que las ganancias de las empresas locales, los ingresos de la población ocupada y el nivel de recaudación del estado provincial no sólo se derivan de la evolución de la producción de bienes y servicios como quantum físico, sino fundamentalmente del valor monetario de la misma, el efecto derrame del aumento en los ingresos petrolíferos contribuyó así a aumentar la demanda agregada provincial” (2011: 7).

Así, el funcionamiento en forma de enclavado fue obstáculo para que parte de la renta petrolera fluyera hacia sectores cuya capacidad de dinamizar la economía fue mucho más relevante que el de las actividades extractivas. El más importante de ellos fue, sin duda, el Estado provincial: sus mayores ingresos se volcaron a la economía mediante el consumo de bienes y servicios, pero también –y fundamentalmente- a través del crecimiento del empleo público y/o actualización salarial. El hecho que el gasto público se haya convertido en la locomotora de la economía provincial queda a la vista apelando a un dato: entre 2002 y 2013, su aporte en la conformación del PBG pasó de un mínimo histórico de 13% a representar un cuarto del mismo. Simultáneamente, al actuar de forma contra-cíclica, el Estado provincial favoreció la recuperación de las actividades económicas de la zona. Entre 2004 y 2013, la construcción y los servicios crecieron a tasas superiores al promedio provincial.

Un aspecto a resaltar, y que jugó un rol muy importante en el desarrollo de la economía neuquina, es la importante magnitud en términos de PBG no tuvo su correlato en términos de empleo. Mientras la actividad hidrocarburífera en 2004 aportaba el 62% al PBG provincial, sólo participaba en poco más del 5% de los puestos de trabajo. A su vez, este puñado de trabajadores recibía un sueldo desproporcionadamente mayor al que se podía percibir en el resto de las actividades económicas, afectando las relaciones de precios en toda la estructura económica provincial. Según los datos del Observatorio de Empleo y Dinámica Empresarial del Ministerio de Trabajo de la Nación, en 2008, los 10 mil trabajadores registrados de la actividad “Extracción de petróleo crudo y gas natural” tenían una remuneración promedio de 2,4 veces la remuneración

promedio provincial. Y esta brecha de ingresos se fue incrementando a lo largo del tiempo: en 2011, esta relación de remuneraciones pasó a ser de 2,6 veces.

Este poder de compra diferencial tuvo amplias repercusiones en la desigualdad social, ya que los trabajadores que no pertenecían al sector hidrocarburífero no sólo percibían las desigualdades de ingresos, sino que también vieron afectada su capacidad de hacer efectiva sus demandas. En palabras de Giuliani “los altos ingresos de un reducido grupo impulsan alzas en los precios de bienes y servicios, tornándose en algunos casos inaccesibles para otros trabajadores, como es el caso de los alquileres o la compraventa de inmuebles, principalmente en las localidades de mayor actividad petrolera”. (Giuliani, 2013: 149)

No muy diferente fue la trayectoria seguida por la ciudad de Neuquén. Durante el periodo que nos ocupa, los incrementos en el nivel y la tasa de empleo para el Aglomerado Neuquén-Plottier fueron menores que los registrados para el conjunto del país: entre 2004 y 2008, la tasa de crecimiento del empleo fue de un 3,6%, un tercio menos que la registrada a nivel nacional. De todos modos, como la población económicamente activa creció un 2,5% vemos un proceso de reabsorción de los desocupados que la “gran transformación neoliberal” había dejado a su paso: en la década que nos interesa la desocupación bajó un 63%. Si bien esta tendencia comenzó a revertirse hacia fines de la década pasada debido al impacto de la crisis mundial, esa “epidemia del desempleo” que había caracterizado a los noventa se había vuelto un lejano recuerdo del pasado.

Este “torbellino del empleo”, en compañía de la re-regulación de las relaciones entre capital y trabajo, permitieron que quienes estuvieran formalmente empleados registraran a partir de 2003 un notable incremento salarial. Tales aumentos permitieron recuperar en parte la pérdida de poder adquisitivo que se produjo como consecuencia la devaluación del peso en el 2002 y el posterior proceso inflacionario que se desató en Argentina. Los ajustes en las remuneraciones fueron diferentes según el tipo de actividad: por un lado, los trabajadores vinculados a la producción de bienes manufacturados y a los servicios sociales, comunitarios y personales fueron los que menos incrementaron sus salarios en el período 2003-2009; mientras que, por otro lado, quienes se emplearon en el sector inmobiliario presentaron incrementos muy superiores al promedio. Pese a estas inoculables brechas salariales no podemos dejar de mencionar un sostenido avance del empleo formal que cubrió con su manto al conjunto de los sectores que daban vida a la economía de la capital neuquina.

Una buena cantidad de trabajos, entre los cuales podemos destacar el clásico estudio de Silvio Felman y Miguel Murmis (1992), ha señalado la elevada correlación que existe entre desocupación, precariedad laboral y pobreza. Si en los noventa la retirada del estado había

implicado acelerado avance de la pobreza por ingresos, en la década pasada, en un escenario signado por el crecimiento económico y una recuperación de la capacidad regulatoria oficial, no es de extrañar que los hogares pobres hayan mostrado señales de retroceso: en 2002, justo después del derrumbe de la economía argentina, la proporción de familias que se encontraban por debajo de la línea de pobreza alcanzaba el 40%; mientras que, en 2013, ese porcentaje solo involucraba al 5% de los hogares (FAO, 2015). Pero si usamos como base de la medición a 2004, cuando lo peor de la crisis ya había quedado atrás, el desempeño de la ciudad en esta materia no deja de llamar la atención: entre aquella fecha y 2013, la pobreza coyuntural experimentó una caída del orden del 85%. Esta tendencia a la baja permitió una mejora en la distribución del ingreso, aunque no alteró de manera significativa las grandes brechas de ingresos en las categorías de los ocupados. Como recientemente han notado un informe técnico encargado por la Organización de las Naciones Unidas, puede que esta persistencia “se vincule a que, más allá de los cambios operados en el régimen económico, la estructura sectorial del empleo no se modificó de forma significativa” (FAO, 2015: ).

La consecuencia necesaria de la creación de empleo, de la formalización del trabajo y del descenso de la pobreza fue la disminución la desigualdad social. Basta revisar los datos suministrados por la Encuesta Permanente de Hogares para dar cuenta de un panorama que, aunque más igualitario, no dejaba de tener una fuerte dosis de regresividad. En 2004, el decil de menores recursos se apropiaba del 1,4% del ingreso total y el último decil se quedaba con el 29,4% (Costanzo Caso y Landriscini, 2012: 10). Siete años después, el 10% más pobre de la población se hacía del 1,9% de los ingresos (La Mañana del Sur, 2012: 10). En el mismo periodo, la brecha de ingresos entre las puntas de la distribución se redujo un 28%. Y esto, como no podía ser de otra forma, repercutió en coeficiente de Gini, parámetro por excelencia para medir la desigualdad social: si, en 2002, había alcanzado, con un significativo 0,46, su punto más alto en la historia reciente de la ciudad (Domeett y Kopprio, 2007: 15), nueve años después orillaba 0,43 (La Mañana del Sur, 2012: 10).

Llegados a este punto, algunas preguntas se vuelven obligatorias: ¿Los niveles de segregación corrieron a la par de la reducción de la desigualdad social? ¿La recuperación económica experimentada por la economía neuquina durante la década pasada suavizó el cuadro de fragmentación socio-territorial que dejó a su paso “la gran transformación neoliberal?

#### **4. LAS DESIGUALDADES SOCIO-TERRITORIALES EN EL SUR DEL SUR<sup>5</sup>**

---

5 Con el propósito de ganar en comparabilidad y sentar las bases de un estudio diacrónico de mediano plazo, los aspectos metodológicos de la sección fueron tomados de: Perren y Lamfre, 2015.

Comencemos este recorrido con los indicadores que incluimos dentro de la dimensión igualdad: los índices de segregación (IS) y disimilitud (ID). Como señalamos en otros trabajos (Perren, 2011 y Perren y Lamfre, 2015), ambos presentan rasgos compartidos: toman como referencia al conjunto de la ciudad y se interpretan como la proporción de un grupo determinado que debería mudarse para lograr la desagregación total con respecto a otro. Un valor cercano a 100 nos indicaría que el grupo en cuestión no comparte las áreas residenciales con miembros del otro grupo (realidad de segregación) y uno próximo a cero nos avisa que la proporción de ambos grupos para cada una de las subdivisiones estudiadas es idéntica (realidad de integración). La diferencia entre uno y otro estriba en que, mientras que el IS mide la distribución de un grupo respecto del total de la población, el ID mide la distribución de dos grupos entre sí. Si tuviéramos que marcar las fortalezas que ambos poseen en relación a otros indicadores, no podríamos dejar de destacar dos ventajas: por un lado, como se trata de medidas de resumen, su lectura es fácil e intuitiva; mientras que, por el otro, su implementación no requiere de técnicas de georreferenciamiento (Rodríguez, 2008).

El cálculo del IS para el caso neuquino nos permite descubrir un primer aspecto significativo: los grupos menos homogéneamente distribuidos fueron aquellos que se ubicaban en los extremos de la grilla (Tabla 3). En 2001, cerca de un tercio de los jefes de hogar que presentaban los peores indicadores educativos debía cambiar su lugar de residencia para obtener una distribución homogénea en toda la ciudad. La segregación de quienes mostraban un MNI alto era aún más fuerte. Un IS de 47 nos habla de una población de una escasa mezcla habitacional entre la población de mayores ingresos y el resto de la sociedad neuquina (Tabla 3). Luego de una década de crecimiento, la segregación protagonizada por quienes ocupaban la parte baja de la clasificación se permaneció en el mismo nivel; mientras que “por arriba” apreciamos un leve descenso. Eso quiere decir que, en los diez años que median entre ambos censos, la localización de los “ricos” en el tablero urbano se volvió menos desigual, lo cual podría brindarnos pistas sobre una tendencia hacia la desconcentración. En este sentido, no podemos dejar de mencionar que la década pasada asistió proliferación en los suburbios de “proyectos de inversión de poderosos capitales en general “externos” a estos territorios y donde el formato predominante es el de club de campo, *country* y barrio privado” (Bilder, 2010), rompiendo así esa centralización de las pautas residenciales de la elite tan propia de los ochenta y noventa (Perren, 2011).

Tabla 3  
**Índice de segregación a nivel de radio censal. Neuquén (2001-2010)**

Estrato socio-educativo	Índice de Segregación (ID)
-------------------------	----------------------------

	<b>2001</b>	<b>2010</b>
Alto	0,47	0,43
Medio-alto	0,25	0,18
Medio-bajo	0,22	0,27
Bajo	0,34	0,34

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001 y 2010)

La población que ocupaba los estratos intermedios de la clasificación exhibió índices de segregación que se situaban entre ambos extremos. De todos modos, detrás de esta afirmación, bastante general por cierto, se oculta dos aspectos que no podemos dejar de mencionar. El primero es que el grupo de MNI medio-alto mostraba un nivel de segregación relativamente elevado, pero sensible a la baja: en 2001, un cuarto de los hogares cuyo jefe había completado el nivel secundario debía cambiar su lugar de residencia para alcanzar una absoluta integración (Cuadro 3); mientras que, nueve años después, esa proporción había caído hasta ubicarse por debajo del 20%. En segundo término, el grupo compuesto por los hogares cuyo jefe mostraba un MNI medio-bajo estaba un poco mejor distribuido, aunque mostraba una tendencia hacia a una mayor segregación: en el decenio que nos interesa, su IS se deslizó de un modesto 22 a un más que significativo 27. Cifras como estas nos permiten abonar aquella hipótesis, defendida por Fernando Groisman (2010), que sostenía que, en la década de los 2000, el paso del secundario se convirtió en un estándar mínimo a partir del cual era posible lograr una inserción en el mercado laboral: quienes no lo lograron tendieron a asimilar su situación residencial con el estrato más bajo de la grilla; mientras quienes lo consiguieron, cuyo número aumentó de forma significativa en los años estudiados, tendieron a ubicarse en distintas localizaciones de la ciudad, alcanzando un valor próximo a la equidistribución.

Veamos qué sucede si, en lugar calcular el IS, prestamos atención al segundo de los indicadores a partir de los cuales podemos aproximarnos a la desigualdad: el índice de disimilitud (ID). Los resultados obtenidos permiten sumar a Neuquén a la abundante literatura dedicada al estudio de la segregación residencial socioeconómica. Al igual que otros trabajos, la medición del ID pone de manifiesto la alta correspondencia que existe entre la distribución espacial de los grupos y las distancias socioeconómicas entre ellos. El ID alcanza valores más altos al calcularse entre grupos extremos y valores más bajos entre los grupos salteados y contiguos (Cuadro 4). Para demostrar lo primero basta con mencionar una cifra: dos terceras partes de los miembros del grupo de MNI bajo debían cambiar su lugar de residencia para obtener una igual distribución respecto del grupo de MNI alto en todas las áreas de la ciudad. Pero este dato nos dice poco si no observamos desde una perspectiva temporal más amplia: lejos de ser extraordinarios, los niveles de segregación observados son comparables a los que obtuvimos cuando analizamos la década de

1990 (Perren, 2015), lo cual nos avisa de la existencia de una tendencia de largo aliento que pareciera entender poco de coyunturas económicas favorables o desfavorables.

Tabla 4  
Índice de Disimilitud a nivel de radio censal. Neuquén (2001-2010)

Grupos	Relación	Índice de Disimilitud (ID)	
		2001	2010
Bajo / Alto	Extremo	0,65	0,63
Bajo / Medio alto	Salteado	0,43	0,41
Alto / Medio bajo	Salteado	0,54	0,52
Alto / Medio alto	Contiguo	0,28	0,29
Bajo / Medio bajo	Contiguo	0,20	0,18
Medio bajo/ Medio alto	Contiguo	0,30	0,28

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001 y 2010)

Concentremos ahora nuestra atención en el nivel de segregación existente entre los grupos que no se encontraban en los extremos de la clasificación. En este sentido, las observaciones que realizamos en relación a los grupos salteados se encuentran en el rango de lo esperable: el ID descende si, en lugar de medir los extremos de la clasificación, nos ocupamos de aquellos que se encontraban a un casillero socioeconómico de distancia. De todos modos, la mezcla habitacional entre cada uno de ellos fue muy escasa a lo largo de los 2000, evidenciando una tenue tendencia hacia la baja. Si, hacia comienzos de la década, el ID entre los grupos de MNI bajo y medio-alto era del orden del 43% y el que mostraban los estratos medio bajo y alto alcanzaba el 54%; nueve años después esos valores retrocedieron hasta llegar a 46 y 54 respectivamente. Dicho en una forma más sencilla, cerca de la mitad de quienes conformaban estos grupos debían mudarse para lograr una distribución uniforme al interior de la ciudad. En la misma dirección, aunque con un menor grado de intensidad, observamos un acortamiento de la distancia que separaba a los grupos continuos, salvando el caso del par Alto-Medio alto que experimento un crecimiento marginal: avanzó un punto a lo largo del periodo estudiado, pasando de 28 a 29%. Estos guarismos nos permiten dar sustento a la hipótesis del “desacople espacial” que enunciamos en la introducción: los mejores desempeños en materia educativa y de ingresos, ambos reflejados en una menor desigualdad, tuvieron un correlato espacial, aunque no de la envergadura esperada. Esta mayor rigidez de la estructura espacial en relación a la social puede explicarse apelando a la dinámica que asumió el mercado inmobiliario: el alza generalizada del valor del suelo urbano, que trabajaremos en detalle más adelante, funcionó como una tendencia contrapuesta que reforzó un panorama de “heterogeneidad estructural” (Salvia, 2012).

La fuente de fortaleza del IS y del ID es también su principal punto débil: por tratarse de indicadores resumen, nada nos dicen acerca de si las áreas de concentración de los grupos se distribuyen de forma aleatoria en el espacio o se adjuntan unas a otras conformando contiguos

homogéneos (Sabatini *et al*, 2001). De ahí la importancia de sumar a nuestra caja de herramientas medidas de *clustering* que, siguiendo a Molinatti (2013), “tengan como punto de partida la semejanza (o no) de las unidades espaciales vecinas”. El Índice de Moran es un indicador que nos permite llevar adelante esa labor. Eso debido a que, como bien han afirmado Buzai y Baxendale (2006), “no intenta medir la correlación entre dos variables diferentes en un mismo espacio, sino la correlación que tiene una misma variable en diferentes unidades espaciales contiguas”. En su versión global, el IM nos ofrece una medida general de *clustering*; esto es, de la aglomeración de los radios censales que presentan características similares en alguno de los atributos que podemos distinguir en ellas. El Índice de Moran Local, también denominado LISA (*Local Indicator of Spatial Association*), nos permite saber cuánto contribuye cada unidad espacial a la formación del valor global y dónde se ubican las áreas segregadas. Para los fines que alientan el presente trabajo, y para ganar en comparabilidad en relación a los noventa, nos conformaremos con aplicar ambas técnicas a aquellos grupos que, como demostramos anteriormente, mostraban una distribución desigual en el Neuquén de los noventa (MNI Alto y Bajo).

Cuando calculamos el Índice de Moran Global para ambos segmentos de la población neuquina, distinguimos, en la primera década del siglo XXI, una conjunción entre cambios y continuidades. En el primero de los renglones, debemos apuntar el fuerte nivel de agrupamiento de aquellas unidades espaciales que mostraban una fuerte presencia de quienes habían tenido un paso exitoso por el sistema educativo. Otra continuidad tiene relación con el menor nivel de *clustering* de aquellas unidades espaciales en las que los “pobres” mostraban un mayor peso relativo. En lo referido a las transformaciones no podemos dejar de mencionar el incremento de los niveles de autocorrelación espacial para ambos grupos, aunque a velocidades distintas. En el caso del grupo conformado por quienes ostentaban un MNI alto, el IMG experimentó un leve aumento que fue la resultante de dos tendencias opuestas: por un lado, el crecimiento en altura y la consiguiente densificación del área céntrica de la ciudad; por el otro, la creciente periferización de las pautas residenciales de la elite. Por “abajo” advertimos un notable aumento del *clustering*, lo cual nos habla de un creciente agrupamiento de los radios censales que mostraban una fuerte presencia de quienes ocupaban el peldaño inferior de la clasificación utilizada. Un aumento cercano al 30% pareciera indicarnos el pasaje de un patrón de enclaves a uno claramente sectorial, relativizando aquello que para los noventa habíamos caracterizado en términos de “el archipiélago de la pobreza” (Perren y Lamfre, 2015). Nuevamente, en este caso en la dimensión *clustering*, vemos cómo el ciclo de crecimiento de los 2000 no revirtió aquel cuadro de segregación que comenzaba a insinuarse en la década de 1990.

**Índice de Moran Global a nivel de radio censal. Neuquén (2001-2010)**

Estrato socio-educativo	Índice de Moran Global (IMG)	
	2001	2010
Alto	0,63	0,66
Bajo	0,39	0,50

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001 y 2010)

Ahora bien, y más allá de las deducciones que podamos realizar a partir del cálculo del IMG, algunas preguntas se vuelven inevitables: ¿Cuál era la ubicación donde se agrupaban aquellos radios censales en los cuales tenían una fuerte participación los “pobres” y los “ricos?”, ¿Cuál era el tamaño de los *clusters* detectados o, lo que es igual, estamos en presencia de una segregación a gran escala o una micro-segregación? ¿Qué cambios observamos alrededor de estas temáticas en el transcurso de la década de 1990?

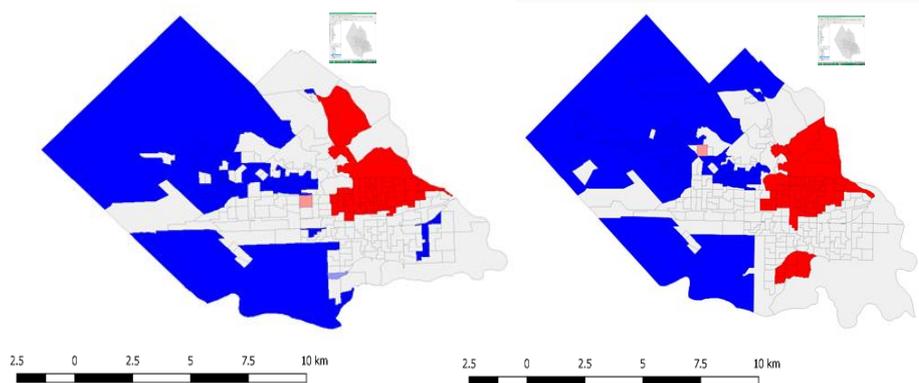
Algunas respuestas a estos interrogantes las encontramos al observar los mapas que resultan de la aplicación del Índice de Moran Local para la población de MNI Alto (Mapa 2). Una lectura superficial de la cartografía nos permite detectar una línea de continuidad entre 2001 y 2010: las áreas rojizas, que constituyen el núcleo del agrupamiento, ocupaban una importante superficie que, a grandes rasgos, coincide con el “centro expandido” de la ciudad; es decir, aquel espacio conformado por el damero original y diferentes barrios residenciales que, en virtud del creciente precio de la propiedad inmobiliaria en el área comercial y administrativa, se construyeron en un radio comprendido entre quince y treinta cuadras del centro geográfico de la ciudad (Perren, 2010a). Al igual que otras ciudades latinoamericanas, los grupos sociales de situación socioeconómica más favorable evidenciaban a simple vista una clara segregación a “gran escala”. O, en términos más sencillos, los sectores más encumbrados residían en un área específica de la ciudad, cuyos límites se confundían con lo que en otro trabajo denominamos “continente de la riqueza” (Perren, 2011). Junto a este elemento, que ya era distinguible en los ochenta, resulta evidente un proceso de densificación del distrito denominado “Jardines del Rey”. Este enclave se localizaba en el borde meridional de la ciudad y reunía tres características cada vez más valoradas en una ciudad en crecimiento: a su cercanía y conectividad con el centro sumaba un indiscutido atractivo paisajístico debido a su cercanía a la zona ribereña (Mapa 2).

Mapa 2

**Índice de Moran Local para MNI Alto. Neuquén (2001-2010)**

**Año 2001**

**Año 2010**



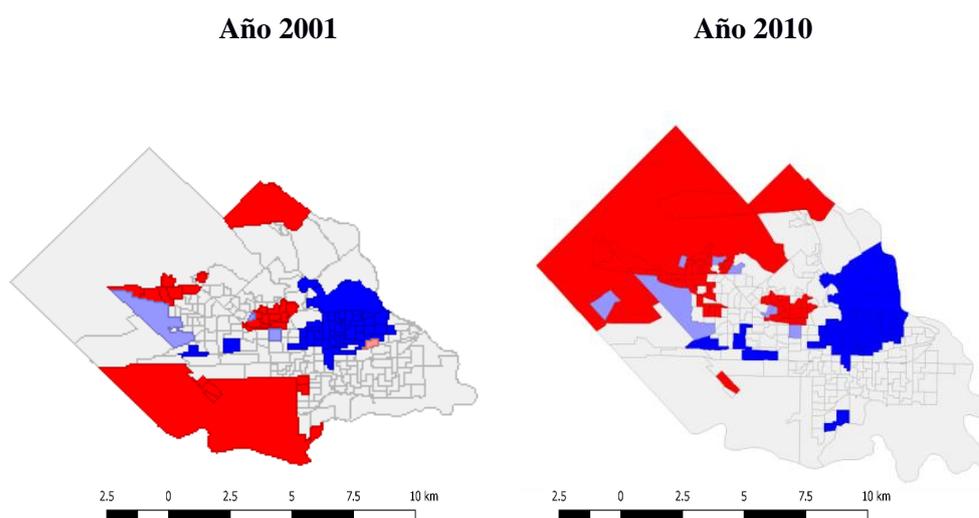
Fuente: Elaboración propia en base a INDEC (2001 y 2010)

Con una idea clara de lo sucedido en la parte alta de la clasificación, estamos en condiciones de observar el nivel de agrupamiento de aquellos radios en los que existía una fuerte concentración de jefes con MNI bajo. Lo primero que podríamos decir es que estos últimos invertían la distribución de las áreas “ricas”: el *cluster* de color azul lo encontramos en el “Centro expandido” y, a medida que avanzamos hacia el noroeste, los niveles de agrupamiento se incrementan (Mapa 3). En efecto, tanto en 2001 como en 2010, notamos un conjunto compacto de radios censales en “cercano oeste” de la ciudad, que coincidía a grandes rasgos con dos barrios que fueron creados en los noventa: “Villa Ceferino” e “Islas Malvinas”. Pese a haber sido objeto de algún tipo de ordenamiento hacia fines de los ochenta, abandonando en parte su carácter de asentamiento, estos vecindarios continuaban siendo, a comienzos del siglo XXI, espacios de “destitución infraestructural”, usando las sugestivas ideas de Javier Auyero y Agustín Burbano (2012). Para confirmar este punto, basta con echar un vistazo a las cifras provistas por un informe oficial basado en los datos provisto por el Censo 2010: ambos barrios contenían cerca de un centenar de casillas y más de cuatrocientos hogares que presentaban severos problemas de hacinamiento (Rio Negro, 20/10/2015). Y en materia de servicios públicos la situación no era mucho mejor: de acuerdo a las declaraciones realizados por un dirigente vecinal a la prensa local se trataba de un barrio que no contaba con una “sala de primeros auxilios, destacamento policial y de bomberos”. Era tan tenue la presencia oficial que este referente político no dudaba en declarar que las autoridades municipales y provinciales habían “abandonado” y “discriminado” a este populoso sector de la capital neuquina (Rio Negro, 12/11/2013).

El segundo agrupamiento es aquel ubicado en el confín noroccidental de la ciudad. A diferencia de “Villa Ceferino” o “Islas Malvinas”, espacios cuya ocupación databa de fines de los setenta, en este caso estamos frente a un territorio que comenzó a ser poblado hacia comienzos de los noventa y, durante la década pasada, experimentó una vertiginosa expansión. Sobre este último aspecto, resulta suficiente destacar un dato suministrado por el Comité de Emergencia Hídrica de Neuquén, una entidad *ad hoc* conformada por técnicos del Ente Provincial de Aguas y

Saneamiento (EPAS) y dirigentes vecinales: solo en 2010, más de 4000 familias se instalaron en “tomas” localizadas mayoritariamente en este *cluster* (Rio Negro, 26/12/2010). El carácter reciente de los asentamientos hizo que se alojase allí una población a la cual no dudaríamos en ubicar en el casillero de la “pobreza estructural”. Una breve descripción del parque habitacional nos brindaría valiosas evidencias para reforzar esta caracterización. De acuerdo a las cifras provistas por el Censo de 2010, este cuadrante de la ciudad concentraba cerca de la mitad de las casillas registradas en la capital provincial (Rio Negro, 20/10/2015). En el mismo sentido, algunos de los barrios que daban vida al agrupamiento lideraban en 2010 el *ranking* de distritos con una mayor proporción de necesidades básicas insatisfechas: “Esfuerzo” y “Cuenca XV” multiplicaban por cuatro la media municipal; mientras que otros sectores más antiguos o de uso mixto del suelo, como Hibepa o Valentina Norte respectivamente, duplicaban ese promedio general (Rio Negro, 20/10/2015).

Mapa 4  
Índice de Moran Local para MNI bajo. Neuquén (2001-2010)



Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001 y 2010)

Este agrupamiento, además de contar con persistentes problemas en materia educativa, sanitaria y habitacional, presentaba más que evidentes riesgos ambientales. Por tratarse de espacios en continuo proceso de ocupación, no es de extrañar que los recién llegados se hayan ubicado en áreas caracterizadas por escarpes abruptos y oblicuos. En una entrevista realizada por un diario regional, el propio presidente de la Comisión Vecinal de “Esfuerzo” señalaba que “la mayoría de las nuevas familias se instalan en zonas que están libre dentro de las tomas que ya existen, pero que están libres porque no son aptas para vivir, ya sea porque son cañadones,

pozones o incluso porque están debajo de una línea de alta tensión” (Rio Negro, 26/12/2010). En el mismo sentido, pero en un tono más académico, Germán Pérez, investigador del Departamento de Geografía de la Universidad Nacional del Comahue, describió el peligro que implicaba el asentamiento humano en esta estrecha franja de la ciudad, pues “sus fuertes pendientes actúan como vertientes de agua de lluvia hacia el colector principal otorgándole una mayor energía potencial, energía disponible para la movilización y transporte, a mayor o menor distancia, del material detrítico producido por los procesos intervinientes” (2010: 121).

El segundo riesgo ambiental al que estaban sometidos algunos de los asentamientos que dan forma al agrupamiento suponía una auténtica novedad. El desarrollo de actividades extractivas dentro de los límites del ejido urbano neuquino, en compañía de la expansión de la mancha urbana, expuso a la población que habitaba en los asentamientos a una nueva amenaza. Después de todo, “cerca de 1700 personas convivían con el único yacimiento que en la provincia de Neuquén se encuentra en medio de una ciudad”, configurando un paisaje en el que sobresalían “construcciones muy precarias, hornos de ladrillos y pozos petroleros” (Rio Negro, 30/7/2011). Pese a la firma en 2010 de un convenio entre el Municipio y la empresa encargada de la explotación de los recursos a fin de relocalizar las piletas de oxidación, dos años después de la rúbrica del acuerdo las labores de remediación no solo no se habían realizado, sino que además los hidrocarburos estaban “en contacto con el suelo porque se había roto la membrana que hace de aislación”, tal como rezaba la denuncia realizada por un concejal de la ciudad (Rio Negro, 28/02/2012). En resumidas cuentas, estamos frente a espacios de relegación asistían simultáneamente a “una negación de infraestructura adecuada y la rutinaria ausencia de protección contra los riesgos y peligros ambientales”, usando palabras empleadas por Auyero y Burbano (2012) para referirse al caso del Gran Buenos Aires.

Un último agrupamiento se abrió paso en el suroeste de la ciudad. Lo que, en 2001, constituía un apiñado conjunto de unidades, que pivotaba alrededor de una colonia agrícola dedicada a la fruticultura, se convirtió nueve años después en un radio censal aislado, apenas perceptible en la cartografía (Mapa 3). Para comprender esta transformación de la morfología de la ciudad es preciso destacar un cambio en el uso del suelo en cuya génesis advertimos la interacción entre las autoridades municipales y el *real estate*. La puesta en marcha del “Plan Maestro Paseo de la Costa” en 2004, sumada al incremento del valor de los lotes en el centro de la ciudad, generó las condiciones para que numerosos propietarios se desprendieran de sus chacras para su reconversión en urbanizaciones cerradas. Fue así como “una zona ribereña que históricamente era considerada marginal, inundable, con presencia de reservorios de vivienda social o asentamientos precarios (...) comenzó a disputarse como territorio para las

urbanizaciones de privilegio” (Rodríguez y Goycochea, 2016: 4). Con todo, la contracción de la superficie *cluster*, resultado del cambio del perfil de quienes comienzan a auto-segregarse, no fue obstáculo para que “Valentina Sur Urbano” presentara un claro rezago en lo que a “geografía de las oportunidades” se refiere. Pese a experimentar un notable avance en materia de infraestructura durante el periodo estudiado, un sexto de sus hogares presentaba, en 2010, alguna necesidad básica insatisfecha (Dirección Provincial de Estadística y Censo, 2015: 43).

Luego de este recorrido por la historia reciente neuquina, una cuestión queda en claro: los grupos extremos de la clasificación, además de mostrar una distribución desigual, exhibieron una concentración en algunas áreas de la ciudad. Queda ahora por descubrir si estos sectores eran homogéneos en términos sociales; algo que nos permitiría aproximarnos, mal no sea superficialmente, al llamado “efecto vecindario”. Con ese propósito, resulta necesario atender a una tercera dimensión de la segregación, la exposición, así como sumar el Índice de Aislamiento (IA) a nuestro instrumental. En palabras de Néstor Gómez (2011), este indicador mide la probabilidad que un “individuo comparta la misma unidad con un individuo de un grupo diferente”. A diferencia del ID o del IS, los posibles valores del IA oscilan entre 0 y 1. El valor máximo nos indica que una determinada subpoblación está aislada en las unidades espaciales en donde reside; mientras que un puntaje bajo nos indica exactamente lo contrario: ese grupo, por habitar en un área heterogénea, debería tener mayores posibilidades de interactuar con otros grupos sociales. En resumidas cuentas, este indicador de exposición mide las probabilidades de interacción de los grupos sociales en el espacio urbano, tomando como ciertos una serie de supuestos que no siempre se cumplimentan. Entre ellos, podemos mencionar tres en particular: a) las personas interactúan sólo con quienes viven en su propia área de residencia; b) cada una tiene igual probabilidad de establecer contacto con cualquier otra de la misma área; y c) las posibilidades de interacción tienen como único determinante la distribución residencial de la población (Marcos y Mera, 2009).

Tabla 6  
Índice de Aislamiento a nivel de radio censal. Neuquén (2001-2010)

Estrato socio-educativo	Índice de Aislamiento (IA)	
	2001	2010
Alto	0,25	0,30
Bajo	0,25	0,16

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001 y 2010)

La aplicación del IA a la realidad neuquina nos permite visualizar un claro proceso de divergencia entre “ricos” y “pobres”. A comienzos de la década pasada, el nivel de aislamiento de

ambas sub-poblaciones era exactamente el mismo: tanto los integrantes del grupo de MNI bajo como los que conformaban el de MNI alto alcanzaban en esta dimensión un puntaje de 0,25 (Cuadro 6). Esta equivalencia nos indica que la proporción de “pobres” en las “áreas pobres” era similar a la proporción de “ricos” en las “zonas ricas. En los nueve años siguientes advertimos cómo el estrato con menos rodaje en el sistema educativo perdió parte de su aislamiento; algo que podemos explicar a partir del avance del sistema educativo y porque, en función de cierta inflación de credenciales, la conclusión del nivel primario no garantizaba la obtención de un empleo mejor remunerado y, menos aún, el acceso a una vivienda por fuera de los *hot spots* señalados. En este sentido, no estaría mal si dijéramos que estas cifras abonan la tesis de la heterogeneidad estructural, pues nos indican que los *clusters* de la pobreza comenzaron a albergar a población que podríamos ubicar en el estrato “medio-bajo”. Asimismo, el menor aislamiento mostrado por el estrato conformado por quienes poseían MNI bajo nos ayuda a entender la leve suba del índice de interacción entre “ricos” y “pobres” entre 2001 y 2010: entre ambas fechas, este indicador, que expresa la probabilidad de que un miembro seleccionado al azar del grupo minoritario se encuentre en su sub-área de residencia con un miembro del grupo mayoritario, transitó de 0,06 a 0,08 (Tabla 7).

Tabla 7  
**Índice de Interacción a nivel de radio censal. Neuquén (2001-2010)**

Estrato socio-educativo	Índice de Interacción (IA)	
	2001	2010
Alto-Bajo	0,06	0,08

Fuente: elaboración propia en base a INDEC (2001 y 2010)

Por “arriba”, en cambio, apreciamos un notable aumento de la homogeneidad de aquellas áreas donde estaban concentrados quienes ostentaban un título universitario: solo en el periodo intercensal estudiado, el IA de la población con MNI alto experimentó un alza del 20%. Para comprender en toda su dimensión esta tendencia debemos echar mano a tres factores que tuvieron al centro como escenario privilegiado. El primero de ellos se vincula a causas económicas ligadas a la salida del régimen de convertibilidad. La devaluación de la moneda, que multiplicó la rentabilidad de los tenedores de dólares, sumado a un atraso de la oferta habitacional resultado de una virtual abandono de la acción pública en esa asignatura, no hizo más que incrementar el volumen de operaciones inmobiliarias, estimulando especialmente la construcción el altura: durante la segunda mitad de la década de 2000 se tramitaron 122 proyectos, un tercio de los cuales correspondió a 2010, año que marca el inicio de un proceso de amesetamiento (Rio Negro, 27/12/2010). Esta densificación del centro fue alentada desde el estado municipal,

constituyendo un segundo elemento a tomar en consideración. A lo largo de las dos últimas décadas fueron desapareciendo los diques normativos que impedían el desarrollo de torres en las áreas residenciales localizadas al norte del distrito central. Por último, debemos señalar la emergencia de un *nuevo buen vivir* cuyos límites fueron modelados por dos actores de enorme importancia en la producción del espacio urbano: las empresas constructoras y las inmobiliarias. Los mensajes publicitarios no solo estuvieron orientados a atraer inversiones a un nicho que demostraba capacidad de generar lucro sin resignar seguridad, sino que además comenzaron a apuntar a la pertenencia de su dueño a un determinado sector social; uno que va a sentirse seducido frente a una imagen en la que se articulan los beneficios de dos mundos *a priori* irreconciliables: el *country* y la ciudad.

Este mercado de la vivienda que volvió legítimo un determinado modo de vivir, sumado a la reactivación económica y a la desaparición de los obstáculos que impedían el crecimiento en altura, dejó su huella en lo que al precio del suelo urbano se refiere, especialmente en aquel cuadrante de la ciudad en el que se edificaron el grueso de las torres-*countries*: entre 2005 y 2010, el valor promedio del metro cuadrado un departamento de dos dormitorios en la zona céntrica casi se duplicó. Al mismo tiempo, la necesidad de los propietarios de hacerse de una renta que guardase relación con la inversión realizada, sumada a la virtual ausencia de una política crediticia que multiplicase el acceso de la población a la vivienda, hizo que los valores de los alquileres siguieran una parábola ascendente: el valor de arrendamiento de un departamento de dos ambientes en la zona céntrica aumentó, en promedio, un 30% en 2007 y un 20% en 2008 (Río Negro, 22/08/2010: 2). Frente a incrementos de esta envergadura, no es de extrañar que se haya producido un desplazamiento “por goteo” por parte de la población de menores ingresos, trazando las líneas maestras de lo que Slater llamó “gentrificación de nueva planta” (2009: 219): no sería una forma de rehabilitación de viviendas localizada en áreas centrales, como aquella que Glass señaló en sus pioneros trabajos sobre Londres, sino “la construcción de nueva edificación sobre suelos que habían sido desarrollados previamente” (Smith, 1982, p. 139).

## 5. CONSIDERACIONES FINALES

Luego de este recorrido por una porción importante de la historia urbana reciente de la ciudad de Neuquén: ¿qué conclusiones, por lo menos provisionales, podemos extraer en relación a la tendencia que registró la segregación residencial en la última década.

La evidencia estadística y cartográfica analizada nos permite corroborar cada una de las hipótesis que planteamos en la introducción del trabajo. En relación a la primera de ellas, aquella

que apuntaba a desentrañar la relación entre crecimiento económico y segregación residencial, pudimos comprobar la existencia de una suerte de desajuste entre ambos elementos. Si bien la ciudad de Neuquén, al calor de la implementación de una estrategia de crecimiento neo-desarrollista, mostró una performance más que aceptable en materia de empleo, pobreza y desigualdad, tales fenómenos no provocaron lo que, a falta de un mejor nombre, podríamos denominar “derrame espacial”. Lejos de ello, aunque debemos apuntar una evolución favorable de los indicadores ligados a la segregación, ese descenso fue, en gran medida, marginal. Esta constatación, realizada en una ciudad intermedia ubicada en el sur del Sur global, nos permite hilvanar algunas reflexiones en clave teórica. Tomando distancia de la muy difundida “teoría del espejo”, que asocia de forma incestuosa estructura social y espacial, el caso neuquino nos muestra una relación que no fue precisamente de identidad (Sabatini y Brain, 2008: 7). La imagen que la morfología urbana de la capital provincial devuelve de la estructura social es, en todo caso, mucho más opaca de lo que podría llegar a sospecharse. Este desacople puede ser explicado, entre otros factores, por la dinámica que asumió el mercado inmobiliario en el periodo que nos interesa: el alza generalizado del valor del suelo urbano, resultado de un severo desajuste entre oferta y demanda habitacional, nos permite entender por qué la estructura espacial fue mucho más rígida que la social.

La segunda hipótesis sobre la cual trabajamos podría pensarse como un desprendimiento de la anterior. La caída de los indicadores que podríamos ubicar en el casillero de lo social no fue obstáculo para que se reforzara un “polo espacial marginal”, parafraseando a Kessler (2014), delineando un cuadro de indubitable “heterogeneidad estructural”. Sobre esto último, alcanza con marcar que los tres *hot spots* de la pobreza que señalamos en el cuerpo del artículo no irrumpieron en la última década, sino que constituían elementos reconocibles del paisaje urbano a comienzos de los noventa (Perren y Lamfre, 2015). Lo que, sin duda, puede pensarse en términos de ruptura es el incremento del tamaño de ese agrupamiento de radios censales que se abrió paso en dirección al noroeste: ese puñado de unidades espaciales que apenas cobraba forma en 1991, se convirtió en un *cluster* de auténtica envergadura que avanzó de forma arrolladora sobre suelos de uso frutícola y extractivo. Y es precisamente ese re-escalamiento de la segregación lo que nos permite avizorar un panorama de recrudescimiento de su malignidad. Después de todo, tal como alguna vez señaló Sabatini, “cuanto mayor es el tamaño de las áreas homogéneas en pobreza, los problemas urbanos y sociales para sus residentes se agravan” (2001: 7). La desigual geografía de las oportunidades, la ampliación del efecto “vecindario”, la exposición a riesgos ambientales y la creciente distancia en relación a las ofertas laborales configuraron un “cerrojo espacial”

(Goldsmith y Blakely, 1992) que ha alimentado un proceso de fragmentación que, aunque distinguible desde los noventa, cobró ímpetu en la década pasada.

La contracara del reforzamiento de un polo marginal es lo que quisimos abordar a partir de la tercera hipótesis. La urbanización del capital, ese incremento del peso relativo del *real estate* tan propio de la primera década del siglo XXI, puso en marcha un proceso de gentrificación en el que se entrelazaron el crecimiento en altura, la elitización y un paulatino desplazamiento de la población de menores recursos. Esta gentrificación de nueva planta, como la caracterizamos en el artículo, podría ser leída en términos de una modalidad específica de “acumulación por desposesión” que tuvo a la ciudad de Neuquén como epicentro. Después de todo, los valores de uso que esta última contiene, entre los que se contaban la centralidad, la heterogeneidad y la simultaneidad, fueron socavados con el avance de un proceso que hizo del área central un espacio crecientemente isotópico, genérico, homogéneo y segregado (Hidalgo, Alvarado y Santana, 2016: 44).

## 6. BIBLIOGRAFÍA

- ARRIAGADA LUCO, Camilo y RODRIGUEZ VIGNOLI, Jorge (2003). Segregación residencial en áreas metropolitanas de América Latina: magnitud, características, evolución e implicaciones de política. Santiago, CELADE.
- AUYERO, Javier y BURBANO, Agustín (2012). Peligro en los márgenes urbanos. *Ethnography*. 13(4):532–57.
- AUYERO, Javier y SWINTUN, D. (2009). Flammable. Environmental Suffering in an argentinian Shantytown. *Oxford University Press*, Nueva York.
- BÄHR, Jürgen y MERTINS, Gunter (1981). A model of the social and spatial differentiation of Latin American metropolitan cities. *Applied Geography and Development*, Institute for Scientific Cooperation, n° 21.
- BÄHR, Jürgen y MERTINS, Gunter (1983). Un modelo de la diferenciación socio-espacial de las metrópolis de América Latina. En *Revista Geográfica*, n° 98.
- BÄHR, Jürgen y MERTINS, Gunter (1992). The latin American City. En ELHERS, Eckart (Ed.) *Modelling the city. Cross cultural perspectives*, Bonn: Colloquium geographicum.
- BLALOCK, Humbert (1964). Causal inferences in nonexperimental research. *Chapel Hill*, University of North Carolina Press.
- BORSODORF, Axel (2003). La segregación socio espacial en ciudades latinoamericanas: el fenómeno los motivos y las consecuencias para un modelo del desarrollo urbano en América Latina. En LUZON, José otros (Comp.), *Transformaciones regionales y urbanas en Europa y América Latina*, Barcelona, Publicaciones de la Universidad de Barcelona.
- BUZAI, Gustavo y BAXENDALE, Claudia (2006). Análisis Socioespacial con Sistema de Información Geográfica. Buenos Aires. Lugar/GEMAPA.
- CACERES, Gonzalo y SABATINI, Francisco (2004). Barrios cerrados en Santiago de Chile: entre la exclusión y la integración. Lincoln Institute of Land Policy/Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.
- GALSTER, George y KILLEN, Sean (1995). The geography of metropolitan opportunity: A reconnaissance and conceptual framework. *Housing Policy Debate*, n° 6.

- GLASS R., (1964). Introduction. In *Centre for Urban Studies* (dir.), London, aspects of change, Londres, Macgibbon&Kee, p. XII-XLI.
- GRIFFIN, Ernst y FORD, Larry (1991). A model of Latin American City Structure. En *Geographical Review*, nº 70, pp. 397-422.
- GROISMAN, Fernando y SCONFIENZA, María (2014). Segregación espacial. *Página 12*, 9 de febrero de 2014, Buenos Aires. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-7443-2014-02-09.html> [Consultado 24/04/2014]
- HOWELL, David (1989). A model of argentine city structure. En *Revista Geográfica*. IPGH, N° 109, 1989, pág. 129-140
- KATZMAN, Ruben (1999). El vecindario importa, en activos y estructura de oportunidades. Estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay. CEPAL, Montevideo.
- KAZTMAN, Ruben (2001). El aislamiento social de los pobres urbanos: reflexiones sobre su naturaleza, determinantes y consecuencias. *Serie Documentos de Trabajo* N° 1. SEIMPRO.
- KESSLER, Gabriel (1997). Algunas implicancias de la experiencia de desocupación para el individuo y su familia. En BECCARIA, Luis y LOPEZ, Néstor, *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF-Losada
- KULFAS, Matías (2016). Los tres kirchnerismos. Una historia de la economía argentina 2003-2015. Siglo Veintiuno editores.
- LASTRA, Facundo (2013), “¿Existe un cambio estructural de la economía argentina? Un balance sobre la evolución del mercado de trabajo en la última década, en Democracia Socialista, septiembre [en línea], dirección URL:<http://www.democraciasocialista.org/?p=1583>. Fecha de consulta: 04/04/2017.
- LÉVY, J. P. y BRUN, J. (2002). De la extensión a la renovación metropolitana: mosaico social y movilidad. En DUREAU, F. et al., *Metrópolis en movimiento: Una comparación internacional*. Bogotá: IRD Editions y Económica, Alfaomega Colombiana, p. 147.
- LINARES, Santiago y LAN, Diana (2007). Análisis multidimensional de la segregación socioespacial en Tandil (Argentina) aplicando SIG. En *Investigaciones geográficas*. Alicante, Universidad de Alicante. N°44.
- LINARES, Santiago. (2012). Análisis y modelización de la segregación socio-espacial en ciudades medias bonaerenses mediante Sistemas de Información Geográfica: Pergamino, Olavarría y Tandil (1991-2001). *Revista Geográfica de Valparaíso*, nº 45, pp. 3-22.
- MACHADO BARBOSA, Eva (2001). Urban Spatial Segregation: foundation for a typological analysis. International Seminar on segregation in the city, Cambridge: Lincoln Institute of Land Policy.
- MARCOS, Mariana y MERA, Gabriela (2009). Pensar la espacialidad, medir la espacialidad. Propuestas teóricas y desafíos metodológicos para analizar la distribución y diferenciación en el espacio urbano. *XI Encuentro Internacional Humboldt*, Ubatuba, CD-ROM.
- MASES, Enrique y otros (2004). Neuquén. 100 años de historia. Editorial del Diario Río Negro, pp. 141-142. General Roca, Río Negro.
- MASSEY, Douglass y DENTON, Nancy (1988). The Dimensions of Residential Segregation. *Social Forces*. Vol. 67, nº 2, 1988, pp. 281-315.
- MOLINATTI, Florencia (2013). Segregación residencial e inserción laboral en la ciudad de Córdoba. En *EURE*, Vol. 39, nº 117, p. 125.
- NATERA RIVAS, Juan y GÓMEZ, Néstor (2007). Diferenciación socio residencial en el aglomerado del Gran Santa Fe (Argentina) a comienzos del siglo XXI. En *Revista Universitaria de Geografía*. Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur. N° 16, pág. 99-124.
- NATERA RIVAS, Juan (2006). Diferenciación socio residencial del espacio urbano en las capitales provinciales del noroeste argentino. Málaga, Mimeo.
- OPENSHAW, Stan (1984). The modifiable areal unit problem. En *CATMOG*, Vol. 38.
- Organización de las Naciones Unidas (2002). Urbanization prospects: The 2001 revision.
- OTERO, Hernán y PELLEGRINO, Adela (2003). Compartir la ciudad. Patrones de residencia e integración de inmigrantes en Buenos Aires y Montevideo durante la inmigración masiva. En OTERO, Hernán (Dir.), *El mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y de la población*, siglos XIX y XX, Buenos Aires, Siglo XXI.
- PERREN, Joaquín (2010a). Estructura urbana, mercado laboral y migraciones. Una aproximación al fenómeno de la segregación en una ciudad de la Patagonia (Neuquén 1960-1990). En *Miradas en Movimiento*, Vol. 4, Buenos Aires, Espacio de Estudios Migratorios.
- PERREN, Joaquín (2010b). Esto también es Neuquén. Los contrastes del proceso de urbanización en una

ciudad intermedia argentina (1980-1991). *Cuadernos del Sur. Sección Historia*, n°39, p. 190.

PERREN, Joaquín (2011). Segregación Residencial Socioeconómica en una ciudad de la Patagonia. Una aproximación al caso de Neuquén (1991). *Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía*, n° 10.

PERREN, Joaquín (2012). Las migraciones internas en la Argentina moderna. Una mirada desde la Patagonia (Neuquén: 1960-1991). Buenos Aires, Prometeo.

PIREZ, P. (2002). Buenos Aires: fragmentation and privatization of the metropolitan city. *Environment and urbanization*. Vol. 14, n° 1.

RODRIGUEZ VIGNOLI, Jorge y ARRIAGADA LUCO, Camilo (2004). Segregación residencial en la ciudad latinoamericana. En *EURE*, Vol. XXIX, N° 89, Santiago, pp. 5-24.

RODRIGUEZ, Gonzalo (2008). Segregación residencial socioeconómica en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Dimensiones y cambios entre 1991-2001. *Población de Buenos Aires*, n° 8.

SABATINI, Francisco, CÁCERES, Gonzalo y CERDÁ, Jorge (2001). Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción. En *EURE*. Santiago de Chile. Vol. 27, n°82..

SABATINI, Francisco (2003). La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina. *Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (PUCC)*. Santiago.

SABATINI, Francisco y BRAIN, Isabel (2008). "La segregación, los guetos y la integración social urbana: mitos y claves". *Revista Eure*, Vol. XXXIV, N° 103, pp. 5-26.

SARAVÍ, Gonzalo (2008). Mundos aislados: segregación urbana y desigualdad en la ciudad de México. *EURE*, vol. 34, no. 103.

SLIPAK, Ariel (2015): "Argentina y el debate sobre el modeloproductivo: la encrucijada de la reprimarización y lasnuevasformas de dependencia" en Svampa, Maristella (Coord.) *El Desarrollo en cuestión. Actores, disputas y modelos de desarrollo en la Argentina Contemporánea*. Los Polvorines, Argentina. Universidad Nacional de General Sarmiento - Ediciones UNGS. pp. 39-66. ISBN: 978-987-630-214-2.